

MIS RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

CARLOS BARRIENTOS SANTIAGO*

*A petición de mi nieta
Marta Barrientos Montero*

RESUMEN: En estas páginas el autor narra sus recuerdos de la Guerra Civil española (1936-39) en la que participó como soldado. A modo de introducción describe el ambiente de enfrentamiento y odio previo al alzamiento, para pasar a narrar sus experiencias en la contienda que reduce a cuatro etapas: 1.^a frente de Bilbao en el 5.º batallón de la Victoria; 2.^a frente de Madrid (guerra de trincheras y batalla de Brunete) en el 7.º batallón de la Victoria; 3.^a frente de Aragón, formando parte del ejército marroquí, 12 división, 4.º de Flandes, con el que interviene en la frustrada operación sobre Valencia y en la toma de Cataluña, para terminar con la etapa 4.^a en la provincia de Badajoz. Concluye con una reflexión sobre las consecuencias de la guerra. Todo está descrito con sencillez y realismo, dando muestras de una memoria privilegiada.

ABSTRACT: In this article, the author tells us about his memories of the Spanish Civil War (1936-39) in which he took part as a soldier. First of all, he describes the atmosphere of confrontation and hatred prior to the rising and then he recounts his experiences in the war in four different stages: 1.^a the front line of Bilbao in the 5th battalion; 2.^a the front line in Madrid (the trench war and the battle of Brunete) in the 7th battalion; 3.^a the battle front in Aragon as part of the Moroccan Army (12th division, the 4th of Flandes) where the author intervened in the frustrated operation against Valencia and in the capture of Catalonia. In the fourth stage, he tells us about his last intervention in the province of Badajoz. He finishes with a reflection on the consequences of the war. Everything is described in a straightforward and realistic way, and gives proof of a prodigious memory.

PALABRAS CLAVE: Guerra civil / frentes de Bilbao, Madrid, Aragón y ofensiva de Cataluña.

* Carlos Barrientos Santiago (11-XI-1911). Nace en Lumbrales (Salamanca). Hijo de humildes campesinos. Recibe la educación primaria en dicha localidad, hasta los 14 años. Su maestro más apreciado fue D. Desiderio Martín Angulo, padre de los hermanos José M^a y Basilio Martín Patino. En la guerra fue soldado, cuyos recuerdos cuenta. Se casó el 10 de mayo de 1940. Tiene una hija, un hijo y cinco nietos. Se jubiló, como agricultor autónomo, en 1976 en Lumbrales donde siempre tuvo su domicilio y allí sigue disfrutando de una vida tranquila en compañía de su esposa Manuela.

ANTECEDENTES

El día 29 de enero de 1929 quedé huérfano de padre. Contaba con 17 años y siendo el mayor de la familia de seis hermanos tuve que hacerme cargo, en compañía de la madre, de todos aquellos trabajos aptos para hombres cuando yo, en realidad, no era nada más que un niño. Se trabajaban las viñas, la labor –cereales– y el transporte con carros, ya que todas las industrias que había en la parte oeste de Vitigudino no tenían otro medio de abastecimiento; llegando a Lumbrales, todo por ferrocarril. También había una fábrica de harinas: Santa Rita, que servía a otra de Barruecopardo y daba trabajo diario al pueblo, pagando por el porte, solamente, a céntimo el kilo.

Todo esto lo podía hacer en compañía de los tíos, porque mis fuerzas no podían manejar sacos de ochenta y cien kilos, así como la pareja de mulos la manejaba bien. Se llevaba también la labor de cereales, a mayores de lo de la casa, arando tierras en el término de Olmedo de Camaces; para este trabajo ya me ayudaba mi hermano José que era tres años más pequeño –a éste lo mataron en la guerra en octubre del 36–; teníamos dos parejas y así se podía llevar la labor y el transporte. En aquellos tiempos, los labradores salían a trabajar tierras a los pueblos cercanos. Éramos muchos los habitantes de Lumbrales que vivíamos del campo y no había otro remedio. También salíamos hacia Hinojosa del Duero donde se compraban tierras para trabajarlas. Hoy no ocurre esto; hay pocos labradores y menos ganas de trabajar y con decir “esto no rinde”, el campo está de pena. Antes no se miraba si rendía más o menos, lo esencial era que las fincas estuvieran bien preparadas; y como prueba tenemos las viñas y olivares que dan rendimiento a largo plazo: si quien lo plantó hubiera mirado esto, hoy no tendríamos aceite ni otros muchos productos. Así pasamos la vida, nos vamos haciendo mayores y, unas veces paso adelante y otras paso atrás, lo vamos contando.

Pasan los años y el día 14 de abril de 1931 llega la Segunda República. Al surgir este día, la gente que se imaginaba que había llegado el maná, acompañado de políticos que venían ofreciendo lo que no tenían y como en aquellos tiempos todo el pueblo vivía con necesidad, empezó a dividirse políticamente de forma descarada, empezándose a fraguar aquello que surgió luego en el año 36: *la guerra*.

En casa se sigue con el trabajo y la ilusión de siempre. A finales del año 34, habría tenido que ir a cumplir el servicio militar, ya que la madre, como viuda, al tener otro hijo en edad de poder trabajar algo en casa, no pudo librarme; así que, la llamada que era para el mes de octubre, cuando se acerca la fecha, surge la revolución de Asturias y entonces suspenden el llamamiento porque, para sofocar aquello, eran mejor las fuerzas veteranas.

A primeros de diciembre soy incorporado y destinado, por fin, a Santander; ciudad que dejó en mí recuerdos para nunca olvidar. Se pasa el tiempo, estamos en el año 35 y en el mes de octubre soy licenciado, como vulgarmente se dice, y otra vez estoy en los trabajos de la casa; en ratitos perdidos trato de coger amistad con alguna muchacha hasta que surge el flechazo de esta Manolita que hoy es mi mujer. Durante el año 35 y principios del 36 no dejan de visitar el pueblo políticos que

dañan con sus charlas el corazón de los hombres; ya se dejan decir que si fuera necesario iríamos a una guerra, palabra que yo, en aquellos tiempos, no sabía que trascendencia podría traer. Hablando de políticos, aquí en Lumbrales, en las primeras elecciones de la república, llegó Queipo de Llano. Desde el balcón de la cárcel hizo su arenga política y entonces dijo que era comandante del Estado Mayor. Recuerdo que mi abuelo materno me dijo: “me ha gustado y a ese Señor lo voto yo”. En aquella ocasión, yo nada podía decir, porque no tenía voz ni voto. La mayoría de edad era a los 23 años. La fecha de estas elecciones me traen recuerdos inolvidables porque, dos días antes, una tormenta con granizo arrasó viñas y parte de los sembrados, no pudiendo probar de las viñas ni un solo racimo.

Llega el año 36 y en febrero se celebran las últimas elecciones de la República, que las ganan los socialistas y esto termina de colmar el vaso de unos y otros. La Falange se destaca y ya en las capitales podemos decir que ha empezado la guerra. Tenemos como prueba, en Salamanca, esa familia Almeida que una noche mataron a dos de ellos. A los generales que desconfiaban, porque no eran muy adictos al Gobierno, los cambian de sitio; pero ellos siguen teniendo reuniones para preparar un golpe de Estado con día y fecha. Yo, leyendo papeles, supe que un general había quedado de acuerdo con los demás y cuando llega a casa cuenta a su mujer lo acordado con los demás y ésta le hace desistir de tal acuerdo, haciéndole ver que quien le pagaba era el gobierno. Total, aquella fecha fracasa y corriendo el tiempo la Falange mata al teniente de la policía –Carrasco–. Ésta, en venganza, se lanza un día en busca de figuras políticas resonantes como Primo de Rivera, Gil Robles y Calvo Sotelo, buscándolos una noche; Gil Robles no estaba en casa; siguen la marcha, pescan a Calvo Sotelo –tío carnal del Calvo Sotelo que fue presidente del gobierno por los años 80–, lo suben al camión, con intención de detenerlo, pero uno de los que lo acompañaban le da un tiro y lo mata.

Esto, al gobierno de Azaña, no le sabe nada bien y a los tres o cuatro días estalla el movimiento –la guerra–. Yo, sobre este tema, tranquilo; como no sabía lo que era una guerra, tampoco la esperaba; en esta fecha atendía las viñas con mis hermanos José y Angelita; no sé si Piedad también nos acompañaba, porque en esos días todos hacíamos falta: unos recogiendo los pámpanos para que el arado no los tronchase, otros sulfatando; y luego nos quedábamos a dormir allí mismo, hacíamos las comidas con patatas, condimentando todo en crudo, lo que llamábamos patatas de molino. Cuando llegamos a casa, después de tres o cuatro días, ya había pasado la fecha del 18 de julio y una vecina me da enseguida la noticia de que había guerra y me dijo así: “Carlos, dicen que hay guerra en Madrid”. Yo, ni corto ni perezoso, recuerdo que le dije: “déjelos que se maten como puedan”. En casa, yo creo que la madre diría poco más o menos, quizás ya con otro acento, puesto que tenía hijos que podrían verse envueltos en el tema, como así sucedió. Por cierto, en la tarde, estando yo a ver a mi tío Pepe en la calle Larga, la Guardia Civil pasa con sus metralletas a ocupar el Ayuntamiento. No pasando muchos días, el día de la fiesta de Santiago por la mañana, ya se oye decir que habían venido los falangistas y que se habían llevado a cuatro hombres; total que no se volvieron a

ver; los mataron, por haberse destacado a favor de los socialistas. Al saber esto, unos salieron del pueblo al campo ocultándose en chozas, otros pasaron a Portugal, de modo que el miedo era grande y el pueblo estaba completamente atemorizado. A mí también me ocurrió algo curioso: una mañana, a las cuatro de la madrugada, salía con otro señor y los carros para traer paja de una dehesa que llamaban Villar del Rey –para hacer el viaje en el día había que madrugar–, cuando a la salida del pueblo, por la carretera de Bañobárez, habían cercado el pueblo, teniendo que volver a casa hasta que luego, de día, emprendimos la marcha de nuevo. En Villavieja, dos hermanos se ocultaron en un henazo y permanecieron seis meses ocultos hasta que el dueño, una mañana cuando iba al ganado, los descubre.

Estos casos fueron corrientes en plena guerra; cuando el enemigo nos daba un empujón a las líneas nacionales otros cuantos iban a la cárcel. Cuando se metieron en Teruel –capital– que había quedado para los nacionales al empezar la guerra, la toman los rojos después, y también unos treinta fueron a la cárcel, porque la derecha temía que si cambiaba la marcha éstos irían enseguida a por ellos.

En los primeros días de agosto empiezan a movilizar quintas: 34 y 33, las dos a un tiempo, más los excedentes que había de la quinta del 35, que era la que estaba en activo; todos para incorporarse en el mínimo tiempo. Yo, que había servido en el 34, el aviso me llegó enseguida, y al hermano José, que era excedente del 35, no preguntes. Total que hubo que recoger todos los aperos de labranza y demás y tuve que irme a Salamanca; hice una noche y a la mañana siguiente estaba en el cuartel. Se aclara que, aunque se hubiera cumplido el servicio militar en el año que fuera, pasabas a pertenecer a tu quinta correspondiente, y a casa. De momento se alivia un poquito el sin sabor para la madre, que no dura mucho tiempo. A finales de septiembre fui llamado definitivamente; y ya puedo contar mi vida durante la guerra, que hoy me parece mentira cuando la recuerdo.

PRIMERA ETAPA

Fui incorporado en el mes de septiembre de 1936. Se incorpora la quinta del 32 de todas las provincias que habían quedado en la zona que llamaron nacional. Mi puesto fue Salamanca; nos van agrupando en compañías y en cuanto llegan todos nos dedican a hacer instrucción para formar el batallón, que se llamó 5.º de la Victoria.

Este batallón sale con dirección a Burgos donde pasamos unos días alojados en un cuartel. Allí salíamos a hacer marchas por las mañanas y nos quedaban las tardes libres para recorrer la ciudad; pude ver la catedral, como importante que era, lo mismo que el retablo de San Nicolás; allí se veían bustos de santos que habían sido labrados en piedra después de colocada la cantería y, según explicaba el técnico que lo enseñaba, habían tardado unos ochenta años –la vida entera de algunos padres e hijos en el mismo trabajo–. También aquí en Burgos recibí la triste

noticia de que habían matado a mi hermano José –esto para mí fue muy terrible, ya que yo pronto estaría expuesto a lo mismo–. Varias veces, para escribir a casa, entrabas en un café, te servían de papel y sobre y hacías un rato un poco más ameno. Un día, leyendo el periódico –que lo hacía en cuanto podía– me encuentro con un himno nuevo de la Falange que decía así:

*Cara al sol, al sol que más calienta, sentado siempre en el café,
con la barba de dos o tres semanas, que bien presumiré,
sin peligro y bien alimentado, formaré junto a los emboscados.
Si te dicen que caí, seguro que fue porque me escurrí,
volverán los que nunca salieron a los desfiles, al compás,
y yo, entonces, con mi cara dura, desfilaré detrás.*

Busco momio, busco enchufe, soy mangante. ¡Arriba España!

Emprende mi batallón marcha a León, donde fue la estancia corta, pero tuve ocasión de conocer la catedral, con unas vidrieras haciendo infinidad de figuras y que, por segunda vez, volví a ver cuando Pepe, mi hijo, estaba cumpliendo el servicio militar en El Ferral. Desde esta ciudad marchamos a Vitoria, donde también pasamos unos días, pero poco a poco nos estaban acercando al frente. Esta ciudad me gustó mucho: sus calles eran paralelas en todas las direcciones; al salir de la estación de RENFE sale una recta, que llamaban calle Dato; yo creo que era la principal, porque tenía los mejores edificios, comercios y cafés, uno de los cuales lo llamaban *El Suizo* y según referencia todavía existe. Conocí la plaza de La Virgen Blanca, que allí le daban gran importancia, y varias cosas más.

Ya llega la hora de acercarnos al frente donde se empiezan a oír tiros y cañonazos; esto fue en los confines de la provincia de Vitoria con Bilbao; a la derecha teníamos Villarreal, pueblo importante que quedaba entre las dos líneas. Nuestro objetivo era Nafarrete, que no creo lo hayan reconstruido ya que tenía ocho o diez casas. A corta distancia estaban Urrúnaga y Betolatz, también de otras seis u ocho casas.

Tras una pequeña operación, que fue la primera vez que oía silbar las balas, llegamos a un montículo donde hacemos posición. Es punto tranquilo; no le pasaba así al pueblo de Nafarrete que, aunque no había nadie, la artillería lo castigaba todos los días. Estando en este punto, hizo una visita por el frente el mismo general Mola y tuve ocasión de conocerle en persona a muy corta distancia. Se pasa así la Nochebuena del 36; en espera, me concedieran la prórroga que tenía la madre pedida por hijo de viuda. Esta prórroga llega a mediados de enero de 1937 y en esta fecha va el batallón de descanso a Vitoria. Desde aquí soy licenciado, por hijo de viuda y ya pensando que para mí la guerra había terminado; pero no fue así; el 20 de enero llegué a casa y a finales febrero del mismo 37 –pasados unos cuarenta días– otra vez a la fiesta.

SEGUNDA ETAPA

Fue corto el intermedio de una etapa a la otra porque, a primeros de marzo de ese mismo año –1937– tuve que incorporarme por segunda vez y se forma en Salamanca la 1.^a compañía de prórroga. Todos estos éramos hijos de viuda o de padres de más de sesenta años, con inutilidad para trabajar o con poco capital y le habían dejado el hijo libre para que les ayudara. Pasamos unos cuantos días en Salamanca: en el cuartel, y a primeros de abril ya se va oyendo decir que muy pronto nos irían mandando a distintos batallones a cubrir bajas. Ya en estos días, previos a la marcha, se presenta en la compañía un señor cura, que dijo ser el párroco de la iglesia de San Juan de Sahagún, a pronunciar una arenga en la que, entre otras cosas, dijo lo siguiente:

“Como ya sois hombres, os hablaré claro: dentro de muy pocos días os llevarán al frente; muchos vais, todos no volveréis; iréis a defender los intereses que esos malvados nos querían avasallar”.

–¡Imagínate, Marta, que ganas de reír me darían a mí que ya sabía lo que era la guerra, con los ánimos que aquel maldito nos dio, habiendo perdido ya a un hermano y conocer de cerca la guerra!

Llega el día de la marcha y nos llevan al frente de Madrid, en busca del 7.^o batallón de la Victoria, en Getafe. Lo encontramos, nos agregan a él, nos distribuyen en las compañías y marchamos al pueblo de El Plantío, pasando por Boadilla del Monte, que está cerca, puesto que se hacía la marcha a pie. Estaba la posición en el pueblo, a la orilla norte, junto a la misma cerca de El Pardo, cerca que servía de defensa. Muy próximo, antes de llegar, había unas casas de gran categoría que decían llamarse Casas de Oriol; era una dehesa de gran extensión. No hace mucho, con esta moda de los secuestros, estuvo secuestrado un señor con ese apellido.

No duró mucho la estancia en esta posición. Yo y otros cuantos soldados teníamos nuestro aposento en un gran chalet que, incluso, tenía algunos muebles y entre ellos una pianola que algunos ratos tocábamos, pues no había ningún habitante civil en todo el pueblo. Era pequeño, pero se componían sus edificios de chalets y talleres mecánicos.

Terminó la estancia en El Plantío y otra vez marcha atrás. Por Boadilla del Monte, nos llevan a El Jarama con posiciones de trincheras donde estaba el enemigo a poco más de cien metros de distancia. El aposento se llamaba chabola, que era un cuadro, más grande o más pequeño, cavado en la tierra; se techaba con gajas de olivos –por ser la madera que por allí había–, luego se le ponía tierra encima para que hiciera de tejado, con unos pasos para poder bajar al hoyo, resultando así el habitáculo de que disponíamos. La puerta estaba en la misma trinchera que era una gavia, haciendo zig-zag, para que los tiros no pudieran correr mucho trayecto. Luego, con la tierra que sacábamos, se levantaba un poco más y con unos sacos llenos de tierra se hacían unas ventanitas que servían para observar y poner el fusil para, en su momento, hacer fuego. Los tiros eran abundantes y peligrosos, porque el que entraba por el agujero era mortal si te pescaba.

Ahí pasamos varios meses. Muchas noches se formaban unos tiroteos ensordecedores de unas trincheras a otras. El miedo era terrible, cualquier sombra o ruido se temía que fuera del enemigo que se lanzaba al asalto y ya estaba el tiroteo, pues lo mismo tenía la trinchera un kilómetro o más y se iba corriendo, hasta que se llegaba al convencimiento de que no pasaba nada y todo volvía a quedar tranquilo. Otras noches se emprendía conversación de una trinchera a otra, entre unos y otros. Las conversaciones eran variadas, de las más corrientes eran lamentaciones que decían: "unos con Dios y otros sin él, menuda la hemos armado". Otras veces, se cambiaba de disco preguntando qué tal de muchachas había en una u otra parte, y en ciertos momentos, todo estaba tranquilo sin que se oyera un sólo tiro.

Pasa el tiempo en la misma posición y un día, en las charlas que se tenían por las noches, acordaron salir dos de cada línea a mitad del camino que, como ya he dicho, estábamos muy cerca, para cambiar la prensa y fumar unos cigarrillos. Y así lo hicieron. A las doce del día siguiente, se llaman. Dicen que ya es la hora. No se ha vuelto a sentir un tiro. Pasan un rato juntos, los demás, por encima de la trinchera, observábamos el tema. Llegaron al acuerdo de no tirar un solo tiro en todo el día. Y hasta la noche así fue. También, dentro de esta historia, hay que dar noticias de los nuevos habitantes que llevábamos consigo: los piojos. Eran en tal cantidad que, si se hubieran podido contar, serían por miles; tantos que, cuando cambiabas la camisa, la tirabas al suelo y parecía que la movían, con la única ventaja o alivio de que no se nos subían a la cabeza.

Continuamos en posición de El Jarama con los tiroteos de costumbre y las bajas diarias, enterándonos como iban las operaciones sobre Bilbao, sobre la destrucción de Guernica por la aviación alemana, como punto fuerte donde el Gobierno socialista tenía su sede. Pasan los meses de mayo y junio, hasta el 5 de julio que estalla lo de Brunete. Nos levantan de las posiciones. Nos van acercando. Pasamos por Fuenlabrada —que entonces era un pueblo que yo comparo con Cerralbo—, por Móstoles, donde pude ver el monolito dedicado a aquel célebre alcalde de la guerra de la Independencia y de nuevo por Boadilla del Monte. Ya las ambulancias andaban que se mataban, pues habían roto el frente por una bandera de la Falange. Avanzaron unos catorce kilómetros sin resistencia y se pararon en este punto, cerca de Boadilla del Monte. Esto lo confirmó en la TVE el mismo Líster, jefe de los rojos, el día que se conmemoraba el cincuenta aniversario del 18 de julio de 1936.

La mañana del día 8 de julio llegamos a un montículo que estaba en un cruce de carreteras, muy cerca de Boadilla. Había llegado antes un Tábor de regulares: el 3º de Alhucemas. Eran moros, estaban guardando línea porque no se debía saber fijo donde estaba el enemigo, puesto que no se oía un tiro; se comprende que estaban reuniendo fuerzas para, en su día, dar la contraofensiva. De mi batallón íbamos dos compañías. Se componía el batallón de tres compañías y la otra quedó, de momento, cubriendo la posición anterior. Esa mañana del 8 de julio, nada más llegar, dice el capitán: "¡prepararse para avanzar!". Su voz fue ésta: "A ver cómo se porta la Tercera", que era su compañía y la mía. Él se quedó allí, hizo lo que ese

dicho vulgar refiere y decimos algunas veces: "eres como el capitán Araña, que embarcó la fuerza y él se quedó en tierra". Caminamos una cuesta abajo, sin objetivo, con dos alféreces de aquellos provisionales, que decíamos, cadáver efectivo, y en una corta distancia aparece el enemigo tranquilo; nosotros, en cambio, por el cansancio de la carrera, no podíamos tirar ni un tiro, amontonados como borregos y sin estar protegidos por una triste máquina ametralladora. El resultado fue seguro: vuelta atrás. La mayoría de los hombres quedaron tendidos por el campo, ¡cuántos estarían heridos sin que nadie les echara una mano! Total que de la compañía, que se componía de ciento setenta hombres, cuando se hace el recuento estábamos cuarenta y cinco. Yo creo que debió ser un galardón para el célebre capitán D. Recaredo Falcón, ya que ostentaba el nombre de aquellos reyes godos que dice la historia, pues, con una derrota rotunda de su compañía, más de cien hombres, al poco tiempo, no obstante, lo ascienden a comandante. Digo yo que si hubieran sido doscientos, lo hubieran hecho general. Así son las guerras, siempre paga el más infeliz y si hay algún beneficio, a éste nunca le toca nada. Así son también los políticos de hoy: las vísperas de las elecciones, te hacen mucha pelota y prometen mucho, luego, al día siguiente si te he visto no me acuerdo.

Llegamos de retroceso donde había quedado el Tábor y los célebres capitanes; ya dominando el alto, todo cansado y sediento, intento refugiarme un poco en un cacho caseto, para guardarme algo de los tiros de espalda y no hago nada más que llegar y un cañonazo de los tanques que tumba mi refugio, así es que no quise nada más que seguir la marcha. Todo el día los tanques nos asaban a cañonazos; también los tiros de ametralladoras, ya que habían localizado el objetivo y nosotros no podíamos contrarrestar con nada de artillería, ni maquinaria de aviación; no nos quedaba más remedio que, tirados en el suelo, arrimar la cabeza a un olivo y aguantar así, esperando nada bueno. De esta forma aguantamos hasta el día 18 de julio, que ya organizan la ofensiva, dotada de mucha artillería y aviación. Según he leído yo en un libro sobre Varela, general, tenía ya nueve divisiones preparadas y le dice a Franco que tiene poca gente y éste de la operación que marchaba sobre Santander, le manda las cuatro Brigadas Navarras y es cuando empieza la contraofensiva ese día 18. Como era verano y todo estaba muy seco, debido a las bombas incendiarias, que tiraban, ardía todo el campo; en cambio, cuando nos metieron el día 8 a nosotros, estábamos sin protección de nada y el resultado tenía que ser justamente el que salió: perder muchos hombres indefensos.

Se suceden los contraataques sin miramientos ni respeto a los hombres. Aquello era todo terrible: aviación, artillería, tiros por el día, tiros por la noche, reflectores que parecía que desde el mismo Madrid nos estaban viendo. Una mañana, antes que fuera de día, nos meten en un regato cubierto de carrascos; todo estaba lleno de prensa extranjera, no se sabía que misión sería la nuestra; pasan las horas ¿y qué resultó? Teníamos al enemigo por todos los lados, por delante y por detrás; se conoce que nos habían sentido y cuando nos quisimos dar cuenta, nos querían coger como a conejos en la jaula. Se sale a la desbandada, porque el capitán nunca se dejó ver; un alférez que estaba allí, tira hacia adelante, nos encontramos con un

total de cuatro metidos en un trocito de trinchera que se les veía medio cuerpo; uno que sobresalía de los demás lo abastecían con bombas de mano y tiraba como si fuera una máquina; cae, de los primero el alférez, y otra vez marcha atrás con unos cuantos que quedaron cara al sol. Yo pude ver todo esto, dentro del follón, tal y como lo cuento, porque el padre de Martín¹, el cura, es testigo de ello y pienso leérselo.

Continuamos con este panorama de golpes, uno sobre otro, sin orden, mientras en el mismo pueblo de Brunete continúa lo más duro: de día el pueblo para los nacionales, de noche para los rojillos. Así continúa esto tres o cuatro días hasta que, al fin, el día 24 de julio se termina de echar a sus líneas anteriores y el día 25, fiesta de Santiago, en una alameda de chopos, se pudo descansar a la sombra, y fue cuando se dejó ver el capitán triunfante. Pasamos unos días de descanso y cuando ya todo parecía estar tranquilo, en esta pausa, llega otro gran número de soldados a cubrir las bajas: esto era corriente cuando había escaramuzas.

Nos cambian y aterrizamos en las cercanías de un pueblo que se llamaba y se llamará La Marañosá. Ésta es la historia del célebre nombre "héroes de Brunete". Las bajas se contarían por millares, más nuestras que suyas, porque teníamos que salir a cuerpo descubierto; en cuanto ellos, podían escapar sin que nadie los sujetase. Llegamos a La Marañosá, era un frente tranquilo, el enemigo estaba lejos, sobre el río Manzanares, no se sentía un sólo tiro, solamente que nuestros íntimos compañeros, los piojos, se nos cambiaron por pulgas que, si me dan a escoger, no sé cual sería peor. Esta posición resultó tranquila, había tiempo de conocer otros pueblos cercanos y así se pasan un par de meses que, aunque teníamos una chabola para pasar la noche, como era el mes de septiembre y hacía muy buen tiempo, se prefería dormir al sereno porque molestaban menos "las compañeras". También, por la posición de los astros, se sabía casi a punto fijo la hora que marcaba el reloj. La posición del carro, Osa Mayor, indicaba tal; más tarde aparecía un grupo de estrellas que llamábamos las cabrillas y cerca del día, tres estrellas, en forma vertical, que son las tres Marías; cuando quiere rozar el día, el lucero del Alba; ésta es la última estrella que se ve hasta que es de día; todo esto nos servía para el relevo de las guardias.

Nos hacen otro cambio y llegamos a Borox, éste lugar de la provincia de Toledo, pueblo natal de aquel torero tan nombrado Domingo Ortega o paleta de Borox. Todos los vecinos eran aficionados a los toros; incluso las mujeres no tenían miedo; esto se probó en una capea que improvisó allí el batallón. Borox estaba rodeado de unos cuantos pueblos pequeños, entre ellos Yeles —que tenía una fábrica de cemento—, Azaña, que le cambiaron el nombre al conceptuarlo como un nombre político en aquellos tiempos y que me imagino hoy haya vuelto a su nombre normal; Añover del Tajo, Seseña, que tenía un castillo como éstos de San Felices y Sobradillo, muy cerca, Olías del Rey y Aranjuez, éstos en zona roja. Borox era un pueblo casi deshabitado; como había pasado la guerra por él, eran

1. Se trata de José Benito, primo carnal de mi esposa Manuela, que tiene un hijo sacerdote.

muy pocas las personas que quedaban. Cada pelotón de soldados teníamos una casa, eran de barro y pequeñas.

Aquí hicimos vida de descanso; no teníamos frente, se hacían "descubiertas" por la noche. Este servicio era recorrer una distancia hasta encontrarse con otra patrulla que hacía lo mismo, en dirección contraria; hacíamos lumbré y pasábamos unas horas; esto era por si el enemigo pudiera pararse. Así transcurrió una buena temporada, cercana a los 4 meses; llega la Nochebuena del año 37 y yo tuve ocasión de estar en la misma casa del torero Domingo Ortega con su padre y una hermana, ya que él pasó la guerra en América.

Estamos en el mes de febrero del 38 y a mí me dan vacaciones; eran diez días, si contabas con los del viaje que, además, se hacía en el tren burra, daban justito para ir y venir, pero había que contarlos en casa, bien o mal visto. Se termina el permiso y cuando voy al batallón ya había cambiado de posición a la Cuesta de la Reina; allí todo estaba cambiado: el enemigo muy cerca y los tiros de mirilla llegaban en cualquier momento. Estaba la posición en forma de herradura y teníamos los tiros en tres direcciones. Pasé allí una temporada no muy larga y, cuando menos lo esperaba, mandan bajar a la Sección entera al puesto de mando y era que iban a formar nuevos batallones de gente fogueada con otros nuevos que mandaban de los cuarteles, cuando hacían llamamientos de quintas.

Nos llevan a Illescas, pueblo grande de Toledo, donde también pasé una buena temporada hasta que juntan gente y se forma otro nuevo batallón que le ponen de nombre Cuarto de Flandes y queda perteneciendo a la Doce División, formando el cuerpo del ejército marroquí que lo manda el general Yagüe, fuerza de choque que lo forman las divisiones: 12, 13 y 150. La 12 la manda Asensio, la 13 Barrón y la 150 Sáez de Buruaga. Pasando el tiempo, hasta que llega el verano, nos llevan de posición al Cerro de los Ángeles, tierra pelada donde no había más que una ermita. Cuando he vuelto a pasar por allí, lo he visto lleno de árboles, completamente desconocido para mí. No estuvimos allí mucho tiempo. Nos hacen otro relevo y de nuevo a La Marañosá. Ya estaba todo cambiado, se había acercado el enemigo y el peligro era mayor a la vez anterior.

TERCERA ETAPA: FRENTE DE ARAGÓN

No pasamos muchos días y hay cambio hacia el frente de Aragón. Si mal no recuerdo, en este ir y venir, volviendo por Salamanca, seguimos camino de Burgos y fue cuando dormimos una noche en el convento de La Vid. Por la línea de Ariza-Miranda de Ebro nos metimos en Aragón. Creo que estábamos en el mes de junio y el día de S. Pedro llegamos a Torrelacárcel, corazón de Teruel. Como anécdota, recuerdo que se cruzan dos muchachas, una con una cántara de agua a la cabeza y se dicen una a la otra: "Araceli, cuando vuelvas pasas por mi puerta que tengo que hablar con tú", lenguaje propio de los maños. Parecía estar muy cerca una altura, en un llano, que llamaban Peña Palomera; pero un día fuimos de marcha hacia ella y había un buen paseo. En este pueblo se dedicaban a la siembra del

azafrán; es campo muy mísero. Siguiendo con el tema de la guerra en este punto, Teruel, hacen concentración de fuerzas preparando la ofensiva hacia Valencia. El primer pueblo que pasamos fue Alcañiz, luego Sarrión, Toro, Paul y no con mucha resistencia pasamos Villaestar; al pasar éste, llegamos a un montículo que llaman Muela de Villaestar donde ya hubo "tela marinera": aviación y artillería. Al fin se toman las posiciones y en el mismo montículo había quedado un hombre que estaba herido en una pierna y no pudo escapar. Dijo que había estado en esta zona y se pasó a la de los rojos y un capitán que era de regulares y mandaba la 1.^a compañía, le dice: "no diga Ud. eso, ¡a ver si puede salvarse!" y el soldado le contesta: "la carta se juega sólo una vez".

Durante esta operación llegan nuevos soldados a cubrir bajas. Habían movilizadado la quinta del 40 y entre ellos llega un catalán que al enterarse su padre lo pasa desde Barcelona por Francia y en San Sebastián lo entrega a las fuerzas nacionales. Se llamaba Emilio Majó Margall². Nos hicimos verdaderos amigos; nos juntábamos la ropa para dormir, con dos mantas y dos capotes, que era todo lo que se podía llevar a cuestras, parábamos el frío y el agua. Sigue la operación con muchos sobresaltos, terreno muy difícil y los muertos y heridos los tenían que sacar en mulos, sentaditos uno de cada lado, y cada vez se pone la cosa más dura. De primero, como era un empujón, casi por sorpresa, cedían un poco, hasta que ellos juntaban fuerzas, se parapetaban y había tomate. Tan pronto se marchaba hacia adelante, como hacia atrás. En estas maniobras, en una vaguada, le matan el asistente al comandante, y éste dice: "al primer tío que pesque, lo mato". Aparece uno que venía a entregarse, con el fusil al hombro -recuerdo que tenía dentadura de oro-, lo manda que siguiera adelante, y le pega un tiro por detrás, sin más ni menos.

Así llegamos a Manzanera que, a duras penas, rebasamos el pueblo, en la parte de adelante había un riachuelo que, al escapar, volaron el puente y a pata, a poca distancia ya, se paran con firmeza y unos cuantos días se estuvo sacando en los mulos muertos y heridos, hasta que se estabiliza el frente. Se hacen trincheras y a aguantar el invierno de frío y nieve con una tienda de campaña, manta y capote, que era lo máximo que se podía llevar a cuestras, con el corraje y dos bombas de mano que servían de cabecera.

Vuelve a mejorar el tiempo, se reanuda la operación en los meses de primavera y vuelta a padecer por aquellos montes pelados que sólo tenían paso con mulos. Se toma Peña Rocosa, con mucha resistencia y en esos días deshacen el 7.^o batallón de la Victoria. Entre los muertos estaba uno de Lumbrales, Miguel Navarro, marido de la prima Luz. Nosotros, aquel día estábamos de reserva y luego se toma la Peña del Diablo. Cada vez estaba la cosa más dura; esto quiere decir que eran muchas las bajas y la operación tenía que parar; a duras penas se toma un

2 A principios de los años 70, quise ponerme en contacto con él, a través de mi hijo Pepe y su mujer Irene, que hicieron un viaje a Barcelona; pudieron ponerse al habla con una hermana, quien les notificó que Emilio había muerto de tuberculosis unos años después de acabada la guerra.

pequeño pueblo que, si mal no recuerdo, se llamaba Barracas. Padeciendo días y días por aquellos montes, con calor y sed, tanto, tanto que, un atardecer encontramos un charco de agua y como todos queríamos llenar las cantimploras, lo apuramos y al día siguiente, cuando la termino, la pongo boca abajo y cae barro puro. Me supongo que yo la habría bebido filtrada.

Continúa la operación y cada vez peor; al fin, se puede llegar a Peña Juliana, de una altura sin igual. Tuvimos que parar hasta que, estudiada la forma de tomarla, lo hace una sección de regulares: moros. Estaba rodeada de alambradas. Una mañana, antes de que fuera de día lo hacen, intentándolo por sorpresa: cortan las alambradas, con tijeras que no hacían ruido al cortar, pescan a los centinelas y a los demás los cogen dormidos, con bombas de mano, dentro de las chabolas y en poco rato terminan con la resistencia. Decían que desde la altura se veía Valencia con unos gemelos.

Ya el avance se ponía difícil y en esto, para llamar la atención, estalla el Ebro: una de las mayores batallas de la guerra. Rompen por sorpresa los rojillos y, una noche, con las barcazas, pasan el Ebro. Nuestro frente tiene que parar y muy fácil: la muerte de unos fue la salvación de otros, porque ya la cosa se ponía muy seria. Se empiezan a hacer fortificaciones y así nos tiramos hasta que termina la batalla del Ebro que duró cerca de dos meses. Ésta fue la que mayor número de bajas tuvo durante la guerra. Durante este tiempo los ingenieros recogen agua de un montículo y preparan un caño; ya teníamos agua buena para beber; uno de la escuadra iba con las cinco o seis cantimploras de todos y resulta que, un día que yo hago este servicio, me encuentro allí a uno de mi pueblo, Laureano Ballesteros. Tenía el grado de bachiller y por ello tenía acceso al cursillo de alférez; estaba en otro batallón, un poco hacia la derecha; en ese momento estaba preguntando a otros soldados si me conocían y en ese crítico momento llegué. Estamos un rato hablando, me pregunta si había en mi compañía algún alférez nuevo y, efectivamente, le dije: "ha llegado uno que se llama Atienza"; pues bien, dijo: "ése hizo el cursillo conmigo, era el último de la lista, es de Calatayud, así que te doy unas letras para que él te deje ir a pasar un día conmigo".

Estábamos a unos quinientos metros de distancia. Voy al día siguiente, lo paso con él y sus compañeros, comí con ellos, pero no faltaron peripecias: tenían emplazado muy cerca un mortero del calibre ochenta y uno, hacen un disparo y explota todo él; total que salen los cascotes por encima volando y no pasa nada. Ya llega la tarde y cuando regreso a mi puesto se oye un disparo de cañón; el proyectil silbando, me tiro a un regato, cae muy cerquita y yo quietecito hasta que se dejaron de sentir volar cascotes. Reanudo la marcha y otro; me iban siguiendo; se conoce que desde el observatorio de artillería creían que había movimiento de fuerzas. Con esto, prometí para mí no volver a moverme de mi puesto.

Se estabiliza el frente, se hacen fortificaciones y ya nos relevan para descansar en un pueblo que se llamaba Masías de Albentosa. Llega el día de Los Santos y recuerdo muy bien que fui a lavar mi ropa a un regato que había muy cerca. Siem-

pre que íbamos de descanso decíamos así: “Cuando te llevan a descansar, es que te van a arrear”.

Pasan unos días, llega el ocho de noviembre de 1938 y de momento, una orden: prepararse. Al poco rato aparecen unos veinticinco camiones de los que tenían para el movimiento de fuerzas, nos mandan subir a ellos y cuando estamos arriba llegan unos cuantos quintos del 41. Se habían pasado los rojillos por Villa Real de los Infantes, Burriana y Nules de Castellón.

Durante el viaje paramos unas horas en un pueblo muy importante: Onda. Se reanuda la marcha, pasamos por Burriana y a pie por una pista que iba hacia el mar todo lleno de naranjos, se van desplegando las fuerzas para empezar la fiesta. Se conoce que el enemigo observaba y nos empieza a saludar la artillería; nos vamos aproximando un poco, saltando zanjas llenas de agua; se conoce que las tenían para regar los naranjos y en una de ellas tuvimos que hacer la noche. Como era terreno llano, los tiros de ametralladoras barrían; esconder un poco la cabeza, era lo primero que hacíamos y, al cuerpo: “que lo parta un rayo”, así decíamos. Las bajas impresionaban y yo pensaba para mí que mis años iban a quedar bien cumplidos³. Hacia las cinco de la tarde del día 10 de noviembre se inicia el avance que sería como de unos dos kilómetros; se echaron al sitio anterior y en las antiguas posiciones paramos. Se pasa allí la noche en vela, todo tranquilo y al día siguiente pude observar el panorama: el suelo estaba empedrado de muertos y esto no es que yo lo diga, porque hay un “muchacho” de Saldeana, cerca de Lumbrales, que lo atestigua y hace poco estuvo aquí, a por una garrafa de vino, y lo estuvimos recordando. Éste es de la quinta del 41 y varios compañeros suyos, sin tener tiempo de afiliarlos a la compañía, habían quedado entre los naranjos.

También tuve ocasión de ver el mar; me estuve lavando un poco y había un cargadero para barcos. Cuando llega la tarde nos relevan y vuelta otra vez hasta Alcañiz. No estuvimos muchos días allí porque nos llevan a Fraga, que está junto al río Cinca. Río que pasa muy extenso y se conoce que habían volado el puente y tenían uno de madera larguísimo. Este campo estaba plantado de higueras, como las que tenemos en casa, y por eso dicen así: “Higos de Fraga, que el que los come los caga”. Desde este punto vamos a Torrentes del Cinca. Nos alojan en un cacho establo deshabitado, a orillas del pueblo, y las fachadas de los edificios están con pintadas que decían: “¡No pasarán!”.

Se presenta un tiempo de lluvias y tenemos que estar allí hasta que mejora. El día 23 de diciembre del 38 nos sitúan en un cerro junto al pueblo de Seros. Pasamos la noche con un frío terrible, junto al compañero Majó; hay que levantarse para hacer lumbre, antes que fuera de día. Cuando se empieza a ver, es la mañana de Nochebuena y da comienzo la ofensiva de Cataluña. Empieza la artillería, llega la aviación y se rompe el frente pasando el río Segre por un puente de piedra. Tiran otro flotante para que la aglomeración de fuerzas pase en el menor tiempo posi-

3 El 11 de noviembre era mi cumpleaños; iba a cumplir 27 años.

ble. Vamos pasando pueblos y pueblos. Las casas están sin habitantes y abiertas. Si hacíamos lumbre, porque era invierno y hacía frío, uno llevaba una puerta, otro un cacho de mueble y así ayudábamos a mirar por las cosas de España. Como pueblo importante, Reus. No puedo contar mucho, pero sí que en la Plaza Mayor había una estatua del General Prim, montado en un caballo de bronce. Por lo visto, era natural de ese pueblo.

—Marta, este señor llegó a ser presidente del Consejo de Ministros en 1869, después de haber echado con los generales Serrano y Topete a Isabel II.

Sigue la marcha con dirección a Tarragona, atravesando pueblos, montes, viñedos, sierras y campos llenos de árboles muy grandes que los llamaban algarrobos. Se tardaron bastantes días porque la distancia era larga y algunas veces hacíamos la noche en los pueblos. Recuerdo uno de ellos que se llamaba Puebla de Mafument y al fin llegamos a Tarragona. Sigue la marcha y cada cuatro o cinco días tocaba a un batallón operar en primera línea. La operación era ligera, porque se encontraba poca resistencia. Recuerdo una mañana que mi compañía tenía un objetivo: tomar un montículo. No se encontró resistencia y en seguida nos hacemos dueños de él. Al momento, llega nuestra aviación, que se conoce tenía ese mismo punto para bombardear. Nosotros, tendiendo en el suelo paneles, que eran trozos de tela blanca, banderas y demás y al fin dieron dos o tres vueltas y se marcharon: ¡si llegan a soltar algún regalo de los que llevaban, hoy no contaría esto! De estos casos se dieron varios: hacer fuego a los suyos.

Sigue el avance y otra mañana, como de sorpresa, cuando me doy cuenta, estábamos en primera línea. Se salta una carretera que tenía un poco de terraplén y entre unos ramajes que habían juntado se queda un hombre con los brazos en alto entregándose; un moro, que iba justamente a mi izquierda, le suelta un tiro en todo el pecho, cae al suelo y sale corriendo a quitarle lo que tenía: recuerdo un reloj y luego lo que le agradase. Para esta gente su ilusión era el requise. Ha habido casos en que han cortado el dedo a señoras para quitarle el anillo.

La marcha continúa y llegamos a Villafranca del Penedés. Rebasamos el pueblo y no a mucha distancia hacemos una parada, donde llega un recado con el pase en la mano para que marche con permiso a casa. Ya se comentaba que en ese día, o a más tardar al siguiente, llegaríamos a Barcelona, como así fue, pero llegaron otros. Esto del permiso lo daban cada año. Los cinco o seis de cada compañía corríamos el turno todos los meses; se intentaba enseguida salir corriendo y pescar el primer camión que nos aproximara a una estación de ferrocarril. Ésta fue la de Zaragoza. Nos dejan en la parte norte, atravesamos la ciudad. Recuerdo que a la derecha quedaba la Pilarica. Llegando a la estación, con el tren casi en marcha, subimos como se pudo. Los pasillos y todo estaba lleno y en el apartadito que tienen los coches como servicio, me coloqué y así pasé parte del viaje; incluso hice cama hasta que encontré sitio para sentarme. Por la línea de Ariza me iba aproximando a casa con la ilusión de ver a la familia y no digamos a la novia. En el viaje se tardaba tres o cuatro días; luego me pasaba los diez días en casa, que era lo con-

cedido. Lo demás era por su cuenta, ya que los cincuenta céntimos diarios que me pagaban, no le suponía mucho coste a la empresa.

En el camino ya se supo que habían llegado a Barcelona y durante los días de mi permiso se terminó la ofensiva de Cataluña. Ya podíamos decir que la guerra estaba llegando a su fin. Se pasan esos cortos días en casa, era más de mediados de febrero del 39 y vuelta a la vida anterior, en busca del batallón que lo encontré en Bañolas (Gerona). Emprendo viaje y coincide que en la estación me junto con otro de Lumbrales, que también había disfrutado el permiso. Ya tuve compañía hasta el final. Recuerdo que algunas noches las pasamos en el tren, otra en Miranda de Ebro, donde paraba el tren hasta el día siguiente y las mujercitas salían a la estación para llevarse algún cliente durante la noche y ganarse alguna pesetilla.

Seguimos la marcha hacia Barcelona y al llegar aterrizamos en el mismo puerto, creo que fue en un camioneto de los que hacían suministro para el ejército. Lo primero que se ve al llegar es la estatua de Colón, con un pedestal altísimo, frente al Paseo de Gracia que mira al Tibidabo. En un portalillo de un bar o café hacemos la noche con el capote, como ropa para dormir. Viene el día, lo pasamos recorriendo la capital que estaba desierta y en la Plaza de Cataluña sólo se veían unas estatuas, que yo luego pregunté al compañero Majó su significado. Una gitana con un camello dando vueltas y un coche con altavoces haciendo propaganda de los nuevos gobernantes. Vi una estación de metro; subimos al Tibidabo, desde donde se veía toda la ciudad y los alemanes tirando infinidad de fotos; por la tarde paseamos por la Barceloneta, un barrio de la capital y buscábamos salida para seguir la marcha. Hacemos la noche en un puesto de vigilancia para, en la mañana, coger alguna camioneta que nos fuera aproximando a Gerona, porque los trenes no funcionaban, debido a que todos los puentes estaban volados y para los vehículos los ingenieros hacían paso provisional.

En Gerona fue corta la parada, sólo conocerla un poco por encima. La capital está dividida por el río Ter; estuve en alguno de los puentes que dan paso de un lado a otro de la ciudad y también me informé dónde estaba mi batallón. Sigo la marcha hasta Bañolas, que ya se tiene ganas de llegar para descansar de tantísimo viaje y cuando me presento a mi compañía habían transcurrido diecisiete días; nadie me dijo nada y otra vez a la vida anterior. Se pasan unos días en este pueblo, que era grande y muy importante, porque los edificios demostraban la riqueza de los mismos y, no tardando mucho, como ya Cataluña quedaba tranquila, aparentemente, nos llevan a Palamós, puerto de mar donde nos embarcan hasta Tarragona. En el barco cabemos todo el batallón, más la indumentaria del mismo: armamento, cocinas, mulos, que eran necesarios para ir aproximando municiones, y demás. Hacemos el viaje a lo largo de la costa, porque algunas veces que miraba por las ventanillas se veía tierra, todo un día y parte de la noche. Llegamos a Tarragona al día siguiente, a las seis de la tarde; al bajar del barco, en el hueco que deja hasta el muelle, se cae un soldado al agua y esto, para el mando, como si le hubiera llevado el aire un sombrero.

CUARTA ETAPA

Ya podían circular los trenes que antes no lo hacían porque los puentes estaban volados. Por tren, desde Tarragona, dando vuelta por Castilla-La Mancha, Burgos, Valladolid y Salamanca, llegamos a Mérida (Badajoz) y desde aquí a Valverde de Mérida. Esto estaba ya tranquilo como si todo hubiera terminado. Sería ya fecha de últimos de febrero o primeros de marzo del año 1939. Pasamos allí unos cuantos días reconociendo algo del pueblo, pues éste se componía de ricos con dehesas y pobres que no tenían nada; la tierra estaba repartida en esta forma.

Sobre el día 25 de marzo se emprende la marcha hacia el final de la campaña. Llegamos a un pueblo que se llama Los Blázquez, con edificios de adobes —barro— que los cañonazos los tenían traspasados, se conoce que uno pasaba tres o cuatro veces. Éste queda entre Córdoba y Ciudad Real. Hacen aglomeración de fuerzas. Estuvimos avanzando tres o cuatro días sin resistencia alguna. Cuatro tiros de los incautos que habían quedado, pues los mandos ya se habían fugado.

El día 28 de marzo de 1939 pasamos el pueblo de Almadén, como de marcha y le oigo decir a un capitán: “esto ha terminado”. Fue una noticia cogida como inesperada y casi fríamente porque, aun teniendo muchas ganas de que se terminase, parecía mentira y ya se pensaba que siempre sería así. Eran como las seis de la tarde. Había pasado, desde Madrid a Burgos, el coronel Casado a firmar la PAZ y los pobres soldados, que nada sabían, se quedan queriendo defender lo que sus jefes ya habían entregado. Rebasamos el pueblo, importante por sus minas de mercurio y en un monte bajo pasamos ya la primera noche sin tiros. En la mañana del día 29 de marzo aparecen unos soldados con un rebaño de ovejas; cada escuadra coge una oveja para matarla, asarla y comerla. Todo derrotar, porque necesidad no pasábamos; sin embargo, la guerra es así. Se lía a llover y nos recogemos en la iglesia que, como todas las de la zona roja, estaba asaltada.

El día 1 de abril dieron el último parte de guerra ya que el ejército triunfador había conquistado el resto de las capitales que estaban en poder de la otra parte. Se prepara la marcha y ya sin rodeos, otra vez a Valverde de Mérida. Pasamos en este punto una buena temporada, esperando nos mandaran pronto a casa; pero esto se alarga debido a que quieren hacer en Madrid un desfile, con todas las fuerzas, material de guerra, aviación y demás, que se llamó “el desfile de la victoria”. En algunas naciones esto fue bien visto, en cambio, para otras este movimiento fue una sublevación ante un Gobierno nombrado por el pueblo.

Pasado todo esto, en el mes de junio, empiezan a licenciarnos por las quintas más antiguas: la primera es la del 27, tres cuartas partes que habían movilizado. Así, sucesivamente, una tras otra, hasta que llega la quinta del 32 que es la mía. Como es natural, surge alegría al saber la noticia y no sé si sería con exageración o mal visto total que, si éramos diez o doce, el comandante manda que nos corten el pelo al cero, nos tienen como arrestados hasta que llegan los pases y el día que nos dan libertad del ejército nos dice: “que éramos unos verdaderos sinvergüenzas”. ¡Éste fue el premio de tres años de guerra!

Llegué a casa el día 20 de junio de 1939 y otra vez a hacer la vida normal, con los trabajos de casa. Todo estaba deshecho por estos casi tres años de guerra. Esperaba a ver si salía alguna convocatoria de puestos del Estado, para poder cambiar la vida del campo por otra, sin pensar en gran cosa, ya que mi cultura era y es estrictamente lo que aprendí en la escuela. Llega el año 41 y convocan oposiciones a celadores de Telégrafos, con un sueldo anual de tres mil quinientas pesetas. Lo solicito y tienen otro sobreacuerdo que decía así: todo aquel aspirante que lo haya solicitado y cumpla los treinta años antes del treinta y uno de diciembre de dicho año 1941, queda anulado. Yo cumplía los treinta años el día 11 de noviembre; total que ¡otro premio que me dieron, no sé si para bien o para mal! Lo cierto es que hoy en 1998 podemos contarlo.

JUICIO Y CONSECUENCIAS

Es muy difícil dar testimonio de todo lo que esto trae consigo. La van fraguando con antelación un grupo de hombres descontentos de lo que hacen los que están en el poder o mando.

Están cierto tiempo acaparando adictos a su modo de pensar o ver. Ya llega un día que tienen en el ejército cierta parte conquistada, se lanzan a la calle la parte sublevada y desde este crítico momento empiezan los tiros. La gente civil atónita, sin saber que pasa, pero ha empezado la guerra. Se enfrentan dos fuerzas: los que ayer eran amigos y familiares, hoy se matan sin más objetivo que mandar. Cada parte se hace con el mando supremo de su zona; movilizan hombres de donde pueden y a matarse los unos con los otros sin tener culpa de nada. El mando supremo se coloca en sitio estratégico para seguir la campaña, atemorizando a la gente civil y el pobre infeliz, que nada tiene que perder ni ganar, tiene que servir para carne de cañón.

Sería imposible explicarlo todo, pero sí ayuda bastante lo que hoy vemos en la tele: como tienen que salir de sus casas la gente civil, cargadita con enseres, niños auestas, sin punto de partida, ni donde poder aterrizar. La mayoría de sus casas son derribadas todas. Igual a esto ocurrió en España.

Las fuerzas que han pasado primero, llevan lo que más les agrada y lo que no, lo desvalijan. Cuando llegan los segundos, hacen lo mismo, incluso, si paran algún tiempo y hace frío, se cargan con muebles, puertas y todo cuanto esté a su alcance. Luego, si queda algún rezagado civil termina con lo demás.

En el campo pasa igual; para impedir la marcha del enemigo se cortan carreteras, se colocan alambradas y en los ríos se vuelan los puentes, punto clave para frenar la marcha.

Todo esto, a la terminación, hay que reconstruirlo y cuesta mucho trabajo y dinero y hay que pagarlo con el sacrificio de toda la nación. Las naciones amigas que prestan ayuda con hombres y armamentos todo lo cobran y a buen precio. A nosotros, después de terminada la guerra, llegaron los años 1940, 1941 y 1942. Toda la nación había quedado deshecha, la producción era escasa, la ganadería

mermada, teníamos que sostenernos y pagar deudas. Llegó el hambre, cosa natural, porque, durante ese tiempo el campo se había abandonado por falta de manos para trabajarlo, la producción era ínfima, los ganados cada vez eran menos y se consumían más, y muchas de las deudas que se habían acumulado en la guerra, los extranjeros, al terminar, se marchan y se llevan más de lo que trajeron. Tuvimos que someternos a un racionamiento con cartillas que te asignaban lo que te iban a dar por habitante o persona.

Las consecuencias son muchas y variadas; quedó todo sometido a una dictadura militar, no podías caminar libremente, ni de un pueblo a otro; las cárceles estaban llenas y por razones políticas o venganzas están matando a los hombres todo el tiempo que ésta dura. Destrozan familias y hombres ilustres que podrían hacer mucho bien a toda la humanidad.

¡Que España no vuelva a conocer otra guerra como la que pasamos, porque esto solamente trae desastres, odios y muertes.

Lumbrales, enero de 1998